

Exmo. Sr.—He visto y reconocido el cuarto tomo del Periquillo Sarniento: todo lo rayado al márgen en el capítulo primero en que habla sobre los negros, me parece sobre muy repetido, inoportuno, perjudicial en las circunstancias, é impolítico por dirigirse contra un comercio permitido por el rey: igualmente las palabras rayadas al márgen y subrayadas en el capítulo tercero deberán suprimirse: por lo demás no hallo cosa que se oponga á las regalías de S. M. y V. E. si fuere servido podrá conceder su superior licencia para que se imprima. México 19 de octubre de 1816.—*Martinez.*

México 29 de noviembre de 1816.—No siendo necesaria la impresion de este papel; archívese el original y hágase saber al autor, que no há lugar á la impresion que solicita.—Una rúbrica.—Fecho.—Una rúbrica.



VIDA Y HECHOS

DE

PERIQUILLO SARNIENTO,

escrita por él

PARA SUS HIJOS.

CAPITULO I.

Refiere Periquillo su buena conducta en Manila, el duelo entre un inglés y un negro, y una discusioncilla no despreciable.

EXPERIMENTAMOS los hombres unas mutaciones morales en nosotros mismos de cuando en cuando, que tal vez no acertamos á adivinar su origen, así como en lo fisico palpamos muchos efectos en la naturaleza y no sabemos la causa que los produce, como sucede hasta hoy con la virtud atractiva del imán y con la eléctrica: por eso dijo el Poeta que era feliz quien podia conocer la causa de las cosas.

Pero así como aprovechamos los efectos de los fenómenos físicos sin mas averiguacion, así yo aproveché en Manila el resultado de mi fenómeno moral, sin meterme por entonces en inculcar su origen.

El caso fué, que ya por verme distante de mi patria, ya por libertarme de las incomodidades que me acarrearía el servi-

cio en la tropa por ocho años, á que me sujetaba mi condena, ó ya por el famoso tratamiento que me daba el coronel, que seria lo mas cierto, yo procuré corresponder á sus confianzas, y fuí en Manila un hombre de bien á toda prueba.

Cada dia merecia al coronel mas amor y mas confianza, y tanta llegué á lograr, que yo era el que corria con todos sus intereses, y los giraba segun quería; pero supe darme tan buenas trazas que léjos de disiparlos, como se debia esperar de mí, los aumenté considerablemente comerciando en cuanto podia con seguridad.

Mi coronel sabia mis industrias; mas como veia que yo no aprovechaba nada para mí, y antes bien tenia sobre la mesa un libro que hice y titulé: *Cuaderno económico donde consta el estado de los haberes de mi amo*, se complacia en ello y careaba la honradez de su hijo. Así me llamaba este buen hombre.

Como los sugetos principales de Manila veian el trato que me daba el coronel, la confianza que hacia de mí y el cariño que me dispensaba, todos los que apreciaban su amistad me distinguian y estimaban en mas que á un simple asistente, y este mismo aprecio que yo lograba entre las personas decentes, era un freno que me contenia para no dar que decir en aquella ciudad. Tan cierto es que el amor propio bien ordenado no es un vicio, sino un principio de virtud.

Como mi vida fué arreglada en aquellos ocho años, no me acaecieron aventuras peligrosas ni que merezcan referirse. Ya os he dicho que el hombre de bien tiene pocas desgracias que contar. Sin embargo, presencié algunos lancecillos no comunes. Uno de ellos fué el siguiente.

Un año, que con ocasion de comercio habian pasado del puerto á la ciudad algunos extranjeros, iba por una calle un comerciante rico, pero negro. Debia de ser su negocio muy importante, porque iba demasiado violento y distraido, y en

su precipitada carrera no pudo excusarse de darle un encuentro á un oficial ingles que iba cortejando á una criollita principal; pero el encuentro ó atropellamiento fué tan recio, que á no sostenerlo la manileña, va á dar al suelo mal de su grado. Con todo eso, del esquinazo que llevó se le calló el sombrero y se le descompuso el peinado.

No fué bastante la vanidad del oficialito á resistir tamaña pasadumbre, sino que inmediatamente corrió hácia el negro tirando de la espada. El pobre negro se sorprendió, porque no llevaba armas, y quizá creyó que allí llegaba el término de sus dias. La señorita y otros que acompañaban al oficial, lo contuvieron, aunque él no cesaba de echar bravatas en las que mezclaba mil protestas de vindicar su honor ultrajado por un negro.

Tanto negreó y vilipendió al inculpable moreno, que éste le dijo en lengua inglesa: Señor, callemos: mañana espero á vd. para darle satisfaccion con una pistola en el Parque. El oficial contestó aceptando, y se serenó la cosa ó pareció serenarse.

Yo que presencié el pasage y medio entendia algo del ingles, como supe la hora y el lugar señalado para el duelo, tuve cuidado de estar puntual allí mismo por ver en qué paraban.

En efecto, al tiempo aplazado llegaron ambos, cada uno con un amigo que nombraba padrino. Luego que se reconocieron, el negro sacó dos pistolas y presentándoselas al oficial le dijo: Señor, yo ayer no traté de ofender el honor de vd. el atropellarlo fué una casualidad imprevista: vd. se cansó de maltratarme, y aun queria herirme ó matarme: yo no tenia armas con que defenderme de la fuerza en el instante del enojo de vd. y conociendo que el emplazarlo á un duelo seria el medio mas pronto para detenerlo y dar lugar á que se serenara, lo verifiqué y vine ahora á darle satisfaccion con una pistola como le dije.

Pues bien, dijo el inglés: despachemos, que aunque no me es lícito ni decente el medir mi valor con un negro, sin embargo, seguro de castigar á un villano osado, acepté el desafío. Reconozcamos las pistolas.

Está bien, dijo el negro; pero sepa vd. que el que ayer no trató de ofenderlo, tampoco ha venido hoy á este lugar con tal designio. El empeñarse un hombre de la clase de vd. en morir ó quitar la vida á otro hombre por una vagatela semejante, me parece que léjos de ser honor es capricho, como lo es sin duda el tenerse por agraviado por una casualidad imprevisible; pero si la satisfaccion que he dado á vd. no vale nada, y es preciso que sea muriendo ó matando, yo no quiero ser reo de un asesinato, ni exponerme á morir sin delito, como debe suceder si vd. me acierta ó yo le acierto el tiro. Así pues: sin rehusar el desafío, quede bien el mas afortunado, y la suerte decida en favor del que tuviere justicia. Tome vd. las pistolas: una de ellas está cargada con dos balas, y la otra está vacia; barájas vd. revuélvalas, deme la que quiera, partamos, y quede la ventaja por quien quedare.

El oficial se sorprendió con tal propuesta: los testigos decian que este no era el órden de los duelos: que ambos debian reñir con armas iguales, y otras cosas que no convencian á nuestro negro, pues él insistia en que así debia verificarse el duelo para tener el consuelo de que si mataba á su contrario, el cielo lo ordenaba ó lo favorecia para ello especialmente; y si moria era sin culpa, sino por la disposicion del acaso como pudiera en un naufragio. A esto añadia: que pues el partido no era ventajoso á nadie, pues ninguno de los dos sabia á quien le tocara la pistola descargada, el rehusar tal propuesta, no podia menos que deber atribuirse á cobardia.

No bien oyó esta palabra el ardiente jóven cuando sin hacer aprecio de las reflexiones de los testigos, barajó las pistolas, y tomando la que le pareció, dió la otra al negro.

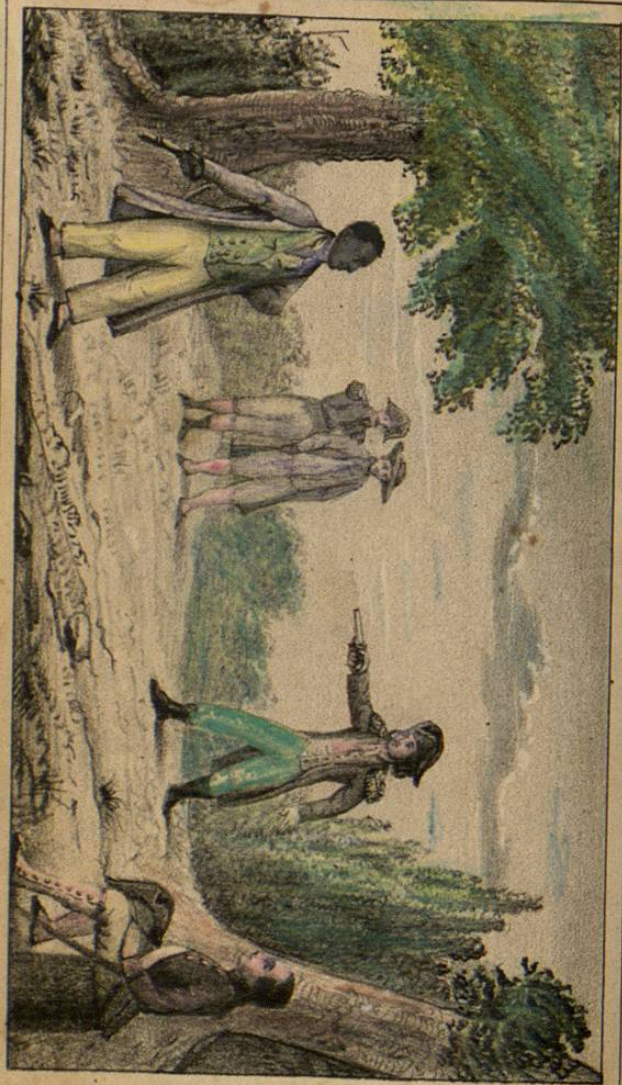
cian con los negros los europeos en el siglo XVII y lo que hacen hoy. Entonces la codicia acercaba á las playas de mis paisanos sus embarcaciones, que llenaban de estos, ó por intereses ó por fuerza: las hacian vomitar en sus puertos y traficaban indignamente con la sangre humana.

En la navegacion ¡cuál era el trato que nos daban? El mas soez é inhumano. Yo no quiero citar á vds. historias que han escrito vuestros compatriotas, guiados de la verdad, porque supongo que las sabreis, y tambien por no estremecer vuestra sensibilidad; porque ¿quién oirá sin dolor que én cierta ocasion porque lloraba en el navio el hijo de una negra infeliz, y con su inocente llanto quitaba el sueño al capitan, este mandó que arrojaran al mar á aquella criatura desgraciada, como se verificó con escándalo de la naturaleza?

Si era en el servicio que hacian mis paisanos y vuestros semejantes á los señores que los compraban, ¡qué pasage tenian? Nada mas cruel. Dígalo la isla de Haytí que hoy llaman Santo Domingo: dígalo la de Cuba ó la Habana, donde con una calesa ó una golosina con que habilitaban á los esclavos, los obligaban á tributar á los amos un tanto diario fijamente como en rédito del dinero que se habia dado por ellos. Y si los negros no lograban fletes suficientes ¿qué sufrían? Azotes. Y las negras ¿qué hacian cuando no podían vender sus golosinas? Prostituirse. ¡Cuevas de la Habana! ¡Paseos de Guanabacoa! hablad por mí.

¿Y si aquellas negras resultaban con el fruto de su lubricidad ó necesidad en las casas de sus amos, qué se hacia? Nada: recibir con gusto el resultado del crimen, como que de él se aprovechaban los amos en otro esclavito mas.

Lo peor es que para el caso, lo mismo que en la Habana se hacia á proporcion en todas partes, y yo en el dia no advierto diferencia en la materia entre aquel siglo y el presente. Crueldades, descatos é injurias contra la humanidad se co-



Tomo 4.º

EL PERJUICIO.

Lamr. 1.

metieron entonces; é injurias, desacatos y crueldades se cometen hoy contra la misma, bajo iguales pretextos.

„La humanidad, (dice el célebre Buffon) grita contra estos „odiosos tratamientos que ha introducido la codicia, y que acaso renovaria todos los dias, si nuestras leyes poniendo freno „á la brutalidad de los amos no hubieran cuidado de hacer algo menor la miseria de sus esclavos; se les hace trabajar mucho, y se les da de comer poco, aun de los alimentos mas ordinarios, dando por motivo que los negros toleran fácilmente „el hambre, que con la porcion que necesita un europeo para „una comida tienen ellos bastante para tres dias, y que por poco que coman y duerman, están siempre igualmente robustos „y con iguales fuerzas para el trabajo. ¡Pero cómo unos hombres que tengan algun resto de sentimiento de humanidad, „pueden adoptar tan crueles máximas, erigirlas en preocupaciones, y pretender justificar con ellas los horribles excesos á „que la sed del oro los conduce? Dejémonos de tan bárbaros „hombres....”

Es verdad que los gobiernos cultos han repugnado este ilícito y descarado comercio, y sin lisongear á España, el suyo ha sido de los mas opuestos. Vd. (me dijo el negro) vd. como español sabrá muy bien las restricciones que sus reyes han puesto en este tráfico, y sabrá las ordenanzas que sobre el tratamiento de esclavos mandó observar Carlos III; pero todo esto no ha bastado á que se sobresea en un comercio tan impuro. No me admiro: este es uno de los gages de la codicia. ¿Qué no hará el hombre, qué crimen no cometerá cuando trata de satisfacer esta pasión? Lo que me admira y me escandaliza es ver estos comercios tolerados, y estos malos tratamientos consentidos en aquellas naciones, donde dicen reina la religion de la paz, y en aquellas en que se recomienda el amor del semejante como el propio del individuo. Yo deseo, señores, que me descifreis este enigma. ¿Cómo cumpliré bien los precep-

tos de aquella religion que me obliga á amar al prójimo como á mí mismo, y á no hacer á nadie el daño que repugno, comprando por un vil interes á un pobre negro, haciéndolo esclavo de servicio, obligándolo á tributarme á fuer de un amo tirano, descuidándome de su felicidad, y acaso de su subsistencia, y tratándolo, á veces, quizá poco menos que béstia? Yo no sé; repito, como cumpliré en medio de estas iniquidades con aquellas santas obligaciones. Si vds. saben como se concierta todo esto, os agradeceré me lo enseñeis, por si algun dia se me antojare ser cristiano y comprar negros como si fueran caballos. Lo peor es que sé por datos ciertos que hablar con esta claridad no se suele permitir á los cristianos por razones que llaman de estado ó que sé yo: lo cierto es que si esto fuere así, jamás me aficionaré á tal religion; pero creo que son calumnias de los que no la apatecen.

Sentado esto, he de concluir con que el maltratamiento, el rigor y desprecio con que se han visto y se ven los negros no reconoce otro origen que la altanería de los blancos, y esta consiste en creerlos inferiores por su naturaleza, lo que como dije, es una vieja é irracional preocupacion.

Todos vosotros los europeos no reconocéis sino un hombre, principio y origen de los demás, á lo menos los cristianos no reconocen otro progenitor que Adán, del que, como de un arbol robusto, descenden ó se deriban todas las generaciones del universo. Si está es así, y lo creen y confiesan de buena fe, es preciso argüirles de necios cuando hacen distincion de las generaciones solo porque se diferencian en colores, cuando esta variedad es efecto ó del clima, ó de los alimentos, ó si quereis, de alguna propiedad que la sangre ha adquirido y ha transmitido á tal y tal posteridad por herencia. Cuando leis que los negros desprecian á los blancos por serlo, no dudais de tenerlos por unos necios; pero jamás os juzgais con igual severidad cuando pensais de la misma manera que ellos.

Si el tener á los negros en menos es por sus costumbres, que llamais bárbaras, por su educacion bozal, y por su ninguna civilizacion europea, deberiais advertir que á cada nacion le parecen bárbaras é inciviles las costumbres ajenas. Un fino europeo será en el Senegal, en el Congo, Cabo Verde &c. un bárbaro, pues ignorará aquellos ritos religiosos, aquellas leyes civiles, aquellas costumbres provinciales, y por fin aquellos idiomas. Transportad con el entendimiento á un sabio cortesano de Paris en medio de tales paises, y lo vereis hecho un tronco, que apenas podrá á costa de mil señas, dar á entender que tiene hambre. Luego si cada religion tiene sus ritos, cada nacion sus leyes, y cada provincia sus costumbres, es un error crasísimo el calificar de necios y salvages á cuantos no coinciden con nuestro modo de pensar, aun cuando este sea el mas ajustado á la naturaleza, pues si los demás ignoran estos requisitos por una ignorancia inculpable, no se les debe atribuir á delito.

Yo entiendo que el fondo del hombre está sembrado por igual de las semillas del vicio y de la virtud: su corazon es el terreno oportunamente dispuesto á que fructifique uno ú otra, segun su inclinacion ó su educacion. En aquella influye el clima, los alimentos y la organizacion particular del individuo, y en esta la religion, el gobierno, los usos patrios, y el mas ó menos cuidado de los padres. Luego nada hay que extrañar que varien tanto las naciones en sus costumbres, cuando son tan diversos sus climas, ritos, usos y gobiernos. |

Por consiguiente, es un error calificar de bárbaros á los individuos de aquella ó aquellas naciones ó pueblos que no suscriben á nuestros usos, ó porque los ignoran, ó porque no los quieren admitir. Las costumbres mas sagradas de una nacion son tenidas por abusos en otras; y aun los pueblos mas cultos y civilizados de la Europa con el transcurso de los tiempos han desechado como inepeias mil envejecidas costumbres que veneraban como dogmas civiles.

De lo dicho se debe deducir, que despreciar á los negros por su color y por la diferencia de su religion y costumbres es un error; el maltratarlos por ello, crueldad; y el persuadirse á que no son capaces de tener almas grandes que sepan cultivar las virtudes morales, es una preocupacion demasiado crasa, como dije al señor oficial, y preocupacion de que os tiene harto desengañados la experiencia, pues entre vosotros han florecido negros sabios, negros valientes, justos, desinteresados, sensibles, agradecidos, y aun héroes admirables.

Calló el negro, y nosotros, no teniendo que responder, llamamos tambien, hasta que el oficial dijo: yo estoy convencido de esas verdades, mas por el ejemplo de vd. que por sus razones, y creo desde hoy que los negros son tan hombres como los blancos, susceptibles de vicios y virtudes como nosotros, y sin mas distintivo accidental que el color, por el cual solamente no se debe en justicia calificar el interior del animal que piensa, ni ménos apreciarlo ó abatirlo.

Iba á interrumpirse la tertulia cuando yo, que deseaba escuchar al negro todavia, llené los vasos, hice que brindáramos á la salud de nuestros semejantes los negros, y concluida esta agradable ceremonia dije al nuestro: Mr. es cierto que todos los hombres descendemos despues de la primera causa de un principio creado, llámese Adan. ó como vd. quiera: es igualmente cierto, que segun este natural principio, estamos todos ligados íntimamente con cierto parentesco ó conexion innegable, de modo que el emperador de Alemania, aunque no quiera, es pariente del mas vil ladron, y el rey de Francia lo es del último trapero de mi tierra, por mas que no se conozcan ni lo crean; ello es que todos los hombres somos deudos los unos de los otros, pues que en todos circula la sangre de nuestro progenitor, y conforme á esto es una preocupacion como vd. dice, ó una quijotería el despreciar al negro por ne-

gro: una crueldad venderlo y comprarlo, y una tiranía indisoluble el maltratarlo.

Yo convengo en esto de buena gana, pues semejante trato es repugnante al hombre racional; mas limitando lo que vd. llama desprecio á cierto aire de señorío con que el rey mira á sus vasallos, el gefe á sus subalternos, el prelado á sus súbditos, el amo á sus criados, y el noble á los plebeyos, me parece que esto está muy bien puesto en el orden económico del mundo; porque si porque todos somos hijos de un padre y componemos una misma familia, nos tratamos de un mismo modo, seguramente perdidas las ideas de sumision, inferioridad y obediencia, el universo seria un caos en el que todos quisieran ser superiores, todos reyes, jueces, nobles y magistrados; y entónces ¿quién obedeceria? ¿Quién daría las leyes? ¿Quién contendria al perverso con el temor del castigo? ¿Y quién pondria á cubierto la seguridad individual del ciudadano? Todo se confundiria, y las voces de igualdad y libertad fueran sinónimas de la anarquía y del desenfreno de todas las pasiones. Cada hombre se juzgara libre para erigirse en superior de los demás: la natural soberbia calificaria de justas las atrocidades de cada uno, y en este caso nadie se reconoceria sujeto á ninguna religion, sometido á ningun gobierno, ni dependiente de ninguna ley, pues todos querrian ser legisladores y pontífices universales: y ya ve vd. que en esta triste hipótesis todos serian asesinatos, robos, estupros, sacrilegios y crímenes.

Pero por dicha nuestra, el hombre viendo desde los principios que tal estado de libertad brutal le era demasiado nociva, se sujetó por gusto y no por fuerza, admitió religiones y gobiernos, juró sus leyes, é inclinó su cerviz bajo el yugo de los reyes ó de los gefes de las repúblicas.

De esta sujecion dictada por un egoismo bien ordenado nacieron las diferencias de superiores é inferiores que advertimos en todas las clases del estado, y en virtud de la justifica-

cion de esta alternativa, no me parece violento que los amos traten á sus criados con autoridad, ni que estos los reconozcan con sumision, y siendo los negros esclavos unos criados adquiridos con un particular derecho en virtud del dinero que costaron, es fácil concebir que deben vivir mas sujetos y obedientes á sus amos, y que en estos reside doble autoridad para mandarlos.

Callé, y me dijo el negro: español, yo no sé hablar con lisonja: vd. me dispense si le incomoda mi sinceridad; pero ha dicho algunas verdades que yo no he negado, y de ellas quiere deducir una conclusion que jamas concederé.

Es inconcuso que el orden gerárquico está bien establecido en el mundo, y entre los negros y los que llamais salvages hay alguna especie de sociedad, la cual aun cuando esté sembrada de mil errores lo mismo que sus religiones, prueba que en aquel estado de barbarie tienen aquellos hombres alguna idea de la Divinidad y de la necesidad de vivir dependientes, que es lo que vosotros los europeos llamais vivir en sociedad.

Segun esto, es preciso que reconozcan superiores y se sujeten á algunas leyes. La naturaleza y la fortuna misma dictan cierta clase de subordinaciones á los unos, y confieren cierta autoridad á los otros; y así ¿en qué nacion por bárbara que sea, no se reconoce el padre autorizado para mandar al hijo, y este constituido en la obligacion de obedecerlo? Yo no he oido decir de una sola que esté excluida de estos innatos sentimientos.

Los mismos tiene el hombre respecto de su muger, y ésta de su marido: el amo respecto de su criado: el señor respecto de sus vasallos, éstos de aquellos, y así de todos.

¿Y en qué nacion ó pueblo, de los que llaman salvages vuelvo á decir, dejarán los hombres de estar ligados entre sí con alguna de estas conexiones? En ninguno, porque en todos hay hombres y mugeres, hijos y padres, viejos y mozos. Lue-

go pensar que hay algun pueblo en el mundo donde los hombres vivan en una absoluta independencia, y disfruten una libertad tan brutal que cada uno obre segun su antojo, sin el mas mínimo respeto ni subordinacion á otro hombre, es pensar una quimera, pues no solo no ha habido tal nacion, mientan como quieran los viageros, pero ni la pudiera haber, porque el hombre siempre soberbio, no aspiraria sino á satisfacer sus pasiones á toda costa, y cada uno queriendo hacer lo mismo, se querria erigir en un tirano de los demás, y de este tumultuoso desórden se seguiria sin falta la ruina de sus individuos. Hasta aquí vamos de acuerdo vd. y yo.

Tampoco me parece fuera de la razon que los amos y toda clase de superiores se manejen con alguna circunspeccion con sus súbditos. Esto está en el órden, pues si todos se trataran con una misma igualdad, estos perderian el respeto á aquellos, á cuya pérdida seguiria la insubordinacion, á esta el insulto, y á éste el trastorno general de los estados.

Mas no puedo coincidir con que esta cierta gravedad, ó seriedad pase en los superiores á ser ceño, orgullo y altivez. Estoy seguro que así como con lo primero se harán amables, con lo segundo se harán aborrecibles.

Es una preocupacion pensar que la gravedad se opone á la afabilidad, cuando ambas cosas cooperan á hacer amable y respetable al superior. Cosa ridícula seria que este se expusiera á que le faltaran al debido respeto los inferiores, haciéndose con ellos uno mismo; pero tambien es cosa abominable el tratar á un superior que á todas horas ve al súbdito erigido el cuello, rezongando escasísimas palabras, encapotando los ojos, y arrugando las narices como perro dogo. Esto léjos de ser virtud es vicio: no es gravedad sino quijotería. Nadie compra mas baratos los corazones de los hombres que los superiores, y tanto menos les cuestan, cuanto mas elevado es el grado de superioridad. Una mirada apacible, una respuesta suave, un tratamiento cortés, cuesta poco y vale mu-

cho para captarse una voluntad; pero por desgracia la afabilidad apenas se conoce entre los grandes. La usan, sí; mas la usan con los que han menester, no con los que los han menester á ellos.

Yo he viajado por algunas provincias de la Europa y en todas he observado este proceder no solo en los grandes superiores, sino en cualquier rico.... ¿qué digo rico? Un atralpalmeja, un empleado en una oficina, un mayordomo de casa grande, un cajerillo, un cualquiera que disfrute tal cual proteccion del amo ó gefe principal, ya se maneja con el que lo va á ocupar por fuerza, con mas orgullo y grosería que acaso el mismo en cuyo favor apoya su soberbia. ¡Infelices! no saben que aquellos que sufren sus desaires son los primeros que abominan su inurbana conducta y maldicen sus *altísimas* personas en los cafés, calles y tertulias, sin descuidarse en indagar sus cunas y los modos acaso vergonzosos con que lograron entronizarse.

Me he alargado, señores; mas vds. bien reflexionarán que yo sé conciliar la gravedad conveniente á un amo, ó sea el superior que fuere, con la afabilidad y el trato humano debido á todos los hombres; y vd. español advertirá que unas son las leyes de la sociedad, y otras las preocupaciones de la soberbia: que por lo que toca al *doble derecho* que vd. dijo que tienen los amos de los negros para mandarlos, no digo nada, porque creo que lo dijo por mero pasatiempo; pues no puede ignorar que no hay derecho divino ni humano que califique de justo el comerciar con la sangre de los hombres.

Diciendo esto, se levantó nuestro negro y sin exigir respuesta á lo que no la tenia, brindó con nosotros por última vez, y abrazándonos y ofreciéndonos todos recíprocamente nuestras personas y amistad, nos retiramos á nuestras casas.

Algunos dias despues tuve la satisfaccion de verme á ratos con mis dos amigos el oficial y el negro, llevándolos á casa

del coronel, quien les hacia mucho agasajo; pero me duró poco esta satisfaccion, porque al mes del suceso referido se hicieron á la vela para Lóndres.

CAPITULO II.

Prosigue nuestro autor contando su buena conducta y fortuna en Manila. Refiere su licencia, la muerte del coronel, su funeral y otras frioleras pasaderas.

EN los ocho años que viví con el coronel me manejé con honradez, y con la misma correspondí á sus confianzas, y esto me proporcionó algunas razonables ventajas, pues mi gefe como me amaba y tenia dinero, me franqueaba el que yo le pedía para comprar varias anchetas en el año, que daba por su medio á algunos comerciantes para que me las vendiesen en Acapulco. Ya se sabe que en los efectos de China, y mas en aquellos tiempos y á la sombra de las *cajas* que llaman de *permiso*, dejaban de utilidad un ciento por ciento, y tal vez mas. Con esto es fácil concebir, que en cuatro viajes felices que logré hicieran mis comisionados, comenzando con el principalillo de mil pesos, al cabo de los ocho años ya yo contaba míos como cosa de ocho mil, adquiridos con facilidad y conservados con la misma, pues no tenia en que gastarlos, ni amigos que me los disiparan.

El dia mismo que se cumplieron los ocho años de mi condena, contados desde el dia en que me pasaron por *cajas* * en México, me llamó el coronel y me dijo: Ya has cumplido á mi lado el tiempo que debias haber cumplido entre la tropa como por castigo, segun la sentencia que merecieron en México tus

* Se llama *pasar por cajas* el acto de tomar razon en la tesoreria general, del nuevo soldado, que libremente ó por castigo ha asentado plaza, extendiéndose su correspondiente filiacion.—E.

extravios. En mi compañía te has portado con honor, y yo te he querido con verdad, y te lo he manifestado con las obras. Has adquirido desterrado y en tierra agena, un principalito que no pudiste lograr libre en tu pátria; esto mas que á fortuna, debes atribuirlo al arreglo de tus constumbres, lo que te enseña que la mejor suerte del hombre es su mejor conducta, y que la mejor pátria es aquella donde se dedica á trabajar con honrra de bien.

Hasta hoy has tenido el nombre de asistente aunque no el trato; pero desde este instante ya estas relevado de este cargo, ya estas libre, toma tu licencia: ya sabes que tienes en mi poder ocho mil pesos, y así, si quieres volver á tu pátria, preven tus cosas para cuando salga la nao.

Señor, le dije yo enternecido por su generosidad, no sé como significar á V. S. mi gratitud por los muchos y grandes favores que le he debido, y siento mucho la proposicion de V. S. pues ciertamente aunque celebro mi libertad de la tropa, no quisiera separarme de esta casa, sino quedarme en ella aunque fuera de último criado; pues bien conozco que desechándome V. S. pierdo no á mi gefe ni á mi amo, sino á mi bienhechor, á mi mejor amigo, á mi padre.

Vamos, deja eso, dijo el coronel: el decirte lo que has oido, no es porque esté descontento contigo ni quiera echarte de mi casa (que debes contar por tuya), sino por ponerte en entera posesion de tu libertad, pues aunque me has servido como hijo, veniste á mi lado como presidario, y por mas que no hubieras querido, hubieras estado en Manila este tiempo. Fuera de esto considero que el amor de la pátria, aunque es una preocupacion, es una preocupacion de aquellas que á mas de ser inocentes en sí, pueden ser principio de algunas virtudes cívicas y morales. Ya te he dicho y has leído; que el hombre debe ser en el mundo un cosmopolita ó paisano de todos sus semejantes, y que la pátria del filósofo es el mundo; pero como